

## LOS GRANDES PROBLEMAS DEL ESTE EUROPEO

### ALEMANIA Y POLONIA

#### 1. *La situación alemana.*

El 31 de diciembre de 1937, Alemania contaba con una superficie de territorio nacional de 470.700 kilómetros cuadrados, y con 70 millones de habitantes. A raíz de la segunda guerra mundial, de 1939 a 1945, el país es ocupado por las cuatro potencias victoriosas: los Estados Unidos de América, el Reino Unido de Gran Bretaña, la Unión Soviética y Francia. A título de administración fueron adjudicados a Polonia los territorios allende la actual línea Oder y Neisse, con excepción de la Prusia septentrional con Königsberg, que pasaría bajo la administración soviética. Esta situación perduraría hasta la conclusión de un Tratado de paz con Alemania; sin embargo, veintidós años después, la situación no experimentó ningún cambio.

En 1949, las zonas de ocupación americana, británica y francesa se constituyen en la República Federal de Alemania, y poco más tarde los soviets erigen de su zona de ocupación un régimen comunista con el nombre de la llamada República Democrática Alemana. La antigua capital germana, Berlín, cae bajo un régimen especial de ocupación, hecho que implicaría que el sector soviético fuera incorporado al régimen de Pankov, y los sectores occidentales pasan a formar parte, al menos formalmente, de territorio germano-federal. No obstante, el *status* jurídico de Berlín sigue siendo particular.

Los territorios actualmente bajo la administración polaca o soviética contaban en 1939 con 9,6 millones de alemanes, expulsados en su totalidad hacia

el resto del territorio alemán. Sus bienes habían sido confiscados. Un millón doscientas mil personas perdieron la vida. En cambio, el elemento polaco constituía una cifra insignificante, según se desprende de los resultados de las últimas elecciones libres en Alemania de 1932: en la Prusia oriental sólo 2.846 votos correspondían a los partidos polacos (0,2 por 100 de los votos entregados); en la Pomerania oriental eran 532 votos (0,03 por 100 del total); en el Brandenburgo oriental, 4.530 votos (0,1 por 100), y en Silesia, 14.792 votos (0,6 por 100 del total). Mientras tanto, en la Polonia del Tratado de Versalles de 10 de enero de 1920 vivían, en 1939, 1.371.000 alemanes, que también habían sido expulsados o perecieron a consecuencia de los acontecimientos bélicos.

Entre los principales problemas constan los siguientes: 1: El problema de la zona soviética de ocupación. 2: El de Berlín. 3: La línea Oder y Neisse, así como los territorios situados más allá de su demarcación.

1. La llamada República Democrática vive bajo un régimen comunista, que no puede ser considerado como régimen de libertad. Sus 17 millones de habitantes no tienen posibilidad alguna para expresarse libremente, en forma de unas elecciones democráticas, si quieren vivir como hasta ahora o si desean reunirse con sus compatriotas de la República Federal. Es el problema de la reunificación del país dentro de las actuales fronteras de las dos Alemanias. La reunificación presupone la celebración de elecciones al respecto en las dos partes del país, preferible bajo un control internacional. El régimen de Pankov se opone desde el principio, porque su existencia depende de la Unión Soviética. Su lema consiste en: reunificación, sí, pero a condición de extender el sistema comunista hasta las fronteras francesa y suiza.

Se trata, en un principio, de un problema interno alemán; pero el fondo de la cuestión consiste en el hecho de que desde hace veintidós años la división de Alemania es, al mismo tiempo, la división de Europa y, en último término, del mundo. Porque si la paz es indivisible, ¿por qué mantener artificialmente esa división, que no es sino una inagotable fuente de tensiones y conflictos internacionales? Contra lo estipulado por las potencias aliadas en 1945, y desde entonces insistiendo en la regulación de la cuestión alemana por vía pacífica tanto la República Federal como sus aliados occidentales, las potencias del Este europeo se limitan a poner obstáculos arguyendo, entre otras cosas, que el régimen de Bonn es militarista y revanchista; por tanto, constituiría un peligro para la paz en Europa y en el mundo. En efecto,

acusando a los países occidentales no significa todavía que el bloque socialista tiene monopolizados los medios de conservación y de defensa de la paz. La situación internacional de la segunda posguerra no es precisamente el resultado de la política occidental; al menos no única y exclusivamente occidental, aún menos de la política germana.

La revisión del *status quo* alemán y europeo es inevitable y ha de ser un asunto de todos los europeos por este y otro lado de la línea que divide al Viejo Continente. Al mismo tiempo, han de colaborar *positivamente* las dos principales potencias mundiales: los Estados Unidos y la U. R. S. S.

2. El problema de Berlín está supeditado a la solución del problema de la reunificación germana. La parte libre de la ciudad quedó reducida a los sectores americano, británico y francés, ya que el sector ruso fue pura y simplemente incorporado a la zona soviética de ocupación. Con ello, Berlín como tal dejó de ser objeto de control cuatripartito. El acto unilateral de anexión del Berlín oriental constituye una grave violación de los principios establecidos por las *cuatro* potencias a raíz del último conflicto mundial.

Una vez reunificadas las dos Alemanias, Berlín volvería a ser la capital del país. Mientras tanto los soviets, y con ellos los gobernantes de W. Ulbricht, obligan a las potencias del Berlín occidental a defender la libertad de los dos millones de habitantes que viven bajo su protección. El muro erigido el 13 de agosto de 1961 por las autoridades comunistas no es una prueba de que desean la paz. Su erección respondió al peligro que representaba la huida de millones de alemanes orientales a través de la línea divisoria, ya que dicha huida era un plebiscito que la «liberada» población del régimen de Pankov manifestaba diariamente ante el mundo.

Berlín constituye un problema alemán y europeo en miniatura. La posición de su parte occidental queda determinada por los sucesos que fueron produciéndose desde el bloqueo de 1948-49 hasta el 13 de agosto de 1961. La política de sangre fría de los occidentales permitió que no se perdiera también esta isla de la libertad. Ciertos planes de constituir de Berlín un «tercer Estado alemán» no responden al realismo político, aunque fuera a base de un *status de* neutralidad. Los soviets darían su consentimiento en tal sentido, pero sólo en cuanto al Berlín-Oeste, considerando como intangible la anexión del Berlín-Este por la D. D. R.

La reunificación de las dos Alemanias, aunque fuera en forma de una Confederación, y la subsiguiente solución al problema de Berlín, se relacio-

nan estrechamente con la cuestión del desarme general y total. La República Federal es miembro de la N. A. T. O. y sus fuerzas armadas están integradas en el sistema de la alianza occidental. La República Democrática, por su parte, forma parte del Pacto de Varsovia. La idea de crear en el sector centroeuropeo una zona desmilitarizada, en la que participaría también Polonia, es inadmisibles teniendo en cuenta los fines estratégicos de ambos bloques. Mientras que los Estados Unidos necesitan varios miles de kilómetros para acudir en ayuda de sus aliados en Europa, la Unión Soviética está alejada tan sólo a unos cuantos centenares de kilómetros de la zona centroeuropea. Sin un desarme efectivo y garantizado no puede haber zonas ni desmilitarizadas ni desnuclearizadas; por tanto, tampoco neutrales, desde el punto de vista político o ideológico. Tampoco se facilitaría la reunificación de Alemania con la simple firma de un pacto de «no agresión» entre la N. A. T. O. y el Pacto de Varsovia, propugnado por los países miembros de este último Organismo. Por último, un tratado de no proliferación nuclear beneficiaría sólo a las dos potencias mundiales, ya que los demás países no podrían proseguir su investigación y fabricación atómicas ni siquiera para fines pacíficos, con lo que económicamente quedarían inmovilizados y dependerían por completo de ellas.

En estas condiciones, el problema de la seguridad europea, en que tanto insisten los países del Este y que gira en torno al problema alemán, es prácticamente insolucionable más bien por la intransigencia del bloque socialista que debido a la situación real.

3. La línea Oder-Neisse y los territorios orientales de Alemania es una cuestión que más preocupa a largo plazo. Si bien se relaciona con el problema de la reunificación, también es cierto que de su solución depende la futura estructuración de las relaciones germano-polacas y de la convivencia centroeuropea.

Durante la Conferencia de Potsdam (Berlín), del 17 de julio al 2 de agosto de 1945, los Jefes de Gobierno americano, británico y soviético se pusieron de acuerdo en que la delimitación definitiva de las fronteras germano-polacas debería ser remitida al Tratado de paz con Alemania. No obstante, al mismo tiempo trazaron la línea Oder y Neisse como límite entre Alemania y los territorios que provisionalmente iban a ser administrados por los polacos y los soviets, y que durante más de setecientos años eran territorios alemanes.

Poco después de haber erigido los soviets de su zona de ocupación la «República Democrática Alemana», el Gobierno de Pankov firmó un «con-

venio» con el Gobierno polaco en la pequeña ciudad de Görlitz, cerca de la frontera checa, el 6 de julio de 1950, en el cual se pretende dar a la línea Oder-Neisse el *status* jurídico-internacional de una frontera definitiva entre Polonia y Alemania, como frontera de la «paz» y de la «amistad».

La «R. D. A.» es sólo una parte de Alemania y, por consiguiente, no puede ser investido su Gobierno de poderes que reivindica para sí, ya que su acto constituye una violación de los más fundamentales principios morales, en cuanto ignora la existencia de la mayoría de sus compatriotas gobernados democráticamente dentro de la República Federal.

Otro aspecto de la invalidez de ese convenio estriba en que ignora asimismo las estipulaciones de la Conferencia de Potsdam. La «rendición incondicional» de Alemania era un acontecimiento militar que no da lugar a anexioniones o cualquier otra clase de violaciones del Derecho internacional.

Los esfuerzos del bloque socialista de ser reconocido el régimen de Pankov *de iure* por el mayor número posible de Estados que forman parte de la sociedad internacional han dado hasta ahora pocos frutos. No se trata solamente del problema de la línea Oder y Neisse, sino también, y en muchos casos, de que el Gobierno comunista de la Alemania central no ha salido de entre el pueblo; sus gobernantes no han sido elegidos por el pueblo, sino impuestos al pueblo por una potencia extranjera en presencia de sus tropas de ocupación. El levantamiento popular del 17 de junio de 1953 desaprobó inequívocamente la existencia de ese régimen.

La posición jurídica germano-occidental queda indiscutiblemente respaldada por la propia Carta de la O. N. U., que prohíbe anexioniones territoriales a expensas de otros Estados, hecho que sigue imponiéndose, cada vez con más rigor, en el Derecho internacional público contemporáneo.

En este sector del problema se viola asimismo el derecho de autodeterminación a los diez millones de alemanes expulsados. Se les niega el derecho a la patria, ya que, a pesar de ser miembros de la nación en el seno de la cual viven actualmente, en la mayoría de los casos en las dos Alemanias, sus hogares se encuentran en poder de Estados extranjeros. Es uno de los derechos fundamentales del hombre, que ha sido violado en nombre de la libertad.

Ideológicamente, dichos territorios se hallan en poder del comunismo internacional. Sus fines son bien conocidos y, por tanto, es difícil creer en que tuviera, en las condiciones actuales de la escena internacional, la intención de renunciar a la conquista del Centro y del Este de Europa, conseguida hace

veintisiete años. A pesar de ciertos contactos entre Este y Oeste no existen todavía condiciones de entablar unas negociaciones entre los dos bloques, ya que, repetimos, los gobernantes comunistas persisten en la actitud de intransigencia colocando en primer plano la «intangibilidad de las fronteras» existentes entre diferentes Estados europeos desde la segunda guerra mundial.

La postura comunista es caracterizada por el propio jefe de Gobierno y partido de la «R. D. A.», Walter Ulbricht, al declarar el 5 de mayo de 1965 ante la «Cámara Popular» de su régimen que «el Estado alemán de la paz, la República Democrática Alemana, se ha estabilizado y prosigue su gran función histórica como encarnación de los intereses nacionales y sociales de toda la nación alemana con rigor y conscientemente». El fin consiste en comunistizar al país entero, fin que sirve a los intereses polacos y soviéticos. Sólo que la actual y principal tarea de Ulbricht es bien distinta, por la postura de los 17 millones de alemanes que pretende gobernar en forma de un «Estado alemán»: romper con la resistencia de los mismos convenciéndoles de que la «R. D. A.» es «su» Estado, que—a continuación—absorbería a la República Federal, convirtiendo a la Alemania entera en una potencia socialista-comunista.

## 2. *El problema polaco.*

Como consecuencia del irregular curso de la historia polaca, la Polonia contemporánea, especialmente a partir de la restauración de su integridad nacional a raíz de la primera guerra mundial en Versalles, no encuentra el fondo propiamente dicho de su existencia. Una vez busca la seguridad entre Rusia y Alemania, otra vez presenta reivindicaciones territoriales a expensas de todos los pueblos vecinos. La segunda tendencia es una consecuencia de la primera, ya que con la grandeza territorial se cree poder llegar a la seguridad. Sin embargo, un Estado polaco que dominaría toda la región centroeuropea entre los mares Báltico, Negro y Adriático no sería sino una nueva Austria-Hungría, dentro de la cual el elemento polaco no pudiera representar más que una minoría nacional entre los demás pueblos. El sueño de una hegemonía polaca entre Rusia y Alemania no es más que un sueño, ya que hoy día existen planes de estructuración política del sector propiamente dicho centroeuropeo mucho más realistas que diferentes argumentaciones históricas, sentimentales, nacionalistas o mesiánicas de historiadores, publicistas y hasta

políticos polacos, especialmente antes de la segunda guerra mundial. Se trata de una Confederación—o incluso Federación—, con pueblos constituidos en Estados independientes, y por tanto, entrarían a formar parte de la misma a base de igualdad. Los polacos no podrían constituir una excepción. Según otros, la frontera histórica polaca al Oeste pasaría sólo a unos kilómetros de la Puerta de Brandenburgo, de Berlín, en dirección Norte y Sur; en el Sur llegaría hasta el Danubio, incluyendo, por tanto, a los países checos de Bohemia y Moravia-Silesia y a Eslovaquia como partes del Estado polaco, y finalmente al Este quedaría constituida por la línea de entre las dos guerras, actualmente en poder de la U. R. S. S.

Durante la época de Hitler en Alemania y de Pilsudski en Polonia las relaciones entre los dos países llegaron a un nivel casi armonioso, pero sin establecerse una relación de confianza. El obstáculo principal consistía en las ideas que Hitler había desarrollado en su «Mein Kampf» mirando hacia el Este europeo como objeto de conquista del espacio vital para el pueblo alemán. La desconfianza persistía a pesar del plan, propuesto en 1935 al Gobierno polaco por Göring, de un ataque conjunto germano-polaco a la U. R. S. S. La situación empeoraría en 1938-39 y la invasión alemana del 1 de septiembre de 1939 llevó las tensiones entre dos grandes pueblos hasta la actualidad.

Las aspiraciones polacas durante la segunda guerra mundial quedan puestas de manifiesto por un conocido periodista polaco en los Estados Unidos, Zygmunt Nowakowski, al lanzar en *Nowiny Polskie*, Milwaukee, número 18, del 22 de enero de 1941, el grito: «Dios nos ha colocado entre el Báltico y el Mar Negro...» Terreno propicio encontraron los exiliados polacos entre los aliados occidentales, especialmente en Gran Bretaña. Esas reivindicaciones se fueron centrando cada vez más en la línea Oder. Cuanto más imperialista resultaba ser la política de Hitler, más aceptación encontraban argumentaciones polacas a favor de adquisiciones territoriales a expensas de Alemania. Al principio el Gobierno polaco en exilio, de Sikorski, se mostraba más precavido al respecto que los diferentes publicistas y conforme a la marcha de las operaciones bélicas, sobre todo después de transformarse la U. R. S. S. en un aliado, las controversias polacas se multiplican en cuanto a objetivos concretos. Lo común parece había sido la general exigencia de adquirir territorios alemanes, en primer lugar la Prusia oriental, justificándola con la necesidad de acceso al Báltico. Pero poco a poco las aspiraciones polacas pasan a ser un asunto de los soviets, para resolverlo a su favor con la incorporación definitiva de los territorios de la Polonia oriental de antes del conflicto y

adquiridos en 1939 en virtud del cuarto reparto entre Hitler y Stalin, desplazando al mismo tiempo a Polonia hacia el Oeste... No obstante, los polacos aspiraban a conservar sus territorios orientales, que les fueron adjudicados en 1921 por el Tratado de Riga. En esta relación fracasaron sus planes. Las relaciones entre el Gobierno polaco de Londres y Moscú iban de mal en peor durante toda la guerra. Influiría mucho en ello el exterminio de once mil oficiales polacos, encontrados sus cadáveres por los alemanes en una fosa común del bosque de Katyn. La atención soviética empezó a centrarse en la emigración polaca en la U. R. S. S. como probable núcleo de futuros dirigentes de Polonia. En efecto, de ahí salió la actual Polonia como Estado satélite de la Unión Soviética.

Ahora bien, desde que la U. R. S. S. reclamó sus derechos sobre los territorios orientales de la Polonia anterior nació paralelamente la idea de compensar ese país por sus pérdidas en el Este con adquisiciones territoriales al Oeste. Ya en 1941 Stalin manejaba la expresión «Prusia oriental y otras provincias germanas hasta el río Oder» ante su visitante polaco prooccidental Mikolajczyk. Molotov respaldaba con la misma propuesta a Stalin ante el Gobierno británico. Iba a ser en la Historia único el caso de desplazar a un país varios centenares de kilómetros en virtud de un extraño principio de la compensación territorial, condenado incluso por W. Wilson el 11 de febrero de 1918 al manifestar en sus «Cuatro principios» que es inadmisibile el comercio con hombres y provincias como si fueran figuras de un juego.

El problema polaco en las grandes Conferencias diplomático-estratégicas de Teherán, del 28 de noviembre al 1 de diciembre de 1943, Yalta, del 4 al 11 de febrero de 1945, y, finalmente, en Potsdam, del 17 de julio al 2 de agosto de 1945, giraba en torno a la compensación territorial en favor de la nueva Polonia. En líneas generales, cada nueva objeción o contrargumentación a los planes soviéticos chocaba con posturas y exigencias cada vez más intransigentes de Stalin o Molotov. En honor a la verdad histórica es preciso decir que ni en Teherán, tampoco en Yalta, ni siquiera en Potsdam se había fijado la frontera polaca occidental, según se había expresado más tarde Truman refiriéndose a una declaración de Stalin. Según decimos anteriormente, en efecto, esta cuestión quedó remitida a la firma de un tratado de paz con la Alemania entera y todos los territorios allende la línea de Oder y Neisse, según la situación geográfica del 31 de diciembre de 1937, se encuentran tan sólo bajo la administración polaca, y la parte septentrional de la Prusia oriental, bajo la administración soviética.

Se vislumbra con toda claridad la táctica soviética, que conduciría hacia *faits accomplis* y que los polacos defenderían por todos los cauces disponibles en el plano jurídico y político-internacional. Aún más por no poder reclamar frente a los soviets sus provincias orientales. En este sentido interesa tanto a los soviets como a los polacos que se perpetúe la división de Alemania y la existencia del régimen comunista de Pankov.

Los polacos defienden a ultranza «su soberanía» sobre los territorios en cuestión. Con este fin han creado una serie de instituciones, centros de estudio y agencias de propaganda, ante todo en Varsovia y Poznan. Los resultados de estos trabajos son enviados regularmente hasta el último rincón del mundo, en primer lugar a Universidades e Institutos. La cantidad de los mismos es asombrosa, sobre todo en polaco; pero abundan también en inglés y francés. Sorprende sólo una cuestión, que *a priori* sacaron una conclusión: la posición de Polonia en esta cuestión siempre ha sido la misma y sigue incambiable. Se puede decir en último término que Polonia ha adquirido legal y definitivamente la plenitud de derechos soberanos sobre los antiguos territorios alemanes situados al Este del Oder y de la Neisse lusaciana. La posición adoptada al respecto por la Unión Soviética y los demás países socialistas es idéntica. Este es el problema propiamente dicho de los polacos.

Porque si el Gobierno de la República Federal reconociera la línea Oder y Neisse como frontera germano-polaca, problema en que insisten los gobernantes comunistas de Varsovia, bien podría efectuarse un reconocimiento formal, a condición de caer el régimen comunista de Pankov y procederse a la reunificación de las dos Alemanias actuales. Por tanto, y siguiendo la lógica, son en primer lugar los comunistas polacos los que no desean sea reconocida como tal dicha línea por Bonn.

Hay millones de polacos dispersados por todos los países del mundo como emigrados. Los comunistas de Varsovia han intentado ganarles para la causa odero-neissiana, y en términos generales, en efecto, la mayoría son partidarios de la misma, a pesar de ser en su totalidad anticomunistas y defensores de la idea de reconciliación entre los pueblos polaco y alemán. Este hecho puede influir considerablemente en la futura postura de Varsovia hacia el Gobierno federal, pero sólo en el campo de la posible reconciliación, ya que la cuestión de Oder y Neisse depende única y exclusivamente del Kremlin.

Cabe señalar que tanto los británicos como los americanos repitieron después de Potsdam en numerosos informes y declaraciones que en la Conferencia se hablaba del desmembramiento de los territorios orientales alemanes no

en relación con la cuestión de Alemania, sino en relación con el problema polaco, evidentemente por la situación creada por los soviets, los cuales, aparte de ello, reivindicaban para sí una parte de la Prusia oriental con Königsberg para disponer de un puerto libre de hielo...; en virtud «de tantos sacrificios que la Unión Soviética aportó a la victoria en Europa».

El 9 de agosto de 1945, el entonces Presidente norteamericano Truman declaró respecto al traspaso de dichos territorios bajo la administración polaca que «prácticamente todo acuerdo internacional está bajo el signo de compromiso; el acuerdo sobre Polonia no es ninguna excepción. Ningún pueblo puede esperar obtener todo lo que pretende; es una cuestión de dar y recibir, de buena predisposición de salir al encuentro del vecino a mitad del camino».

W. Churchill, por su parte, opinó el 16 de agosto en la Cámara de los Comunes, antes de iniciarse el debate oficial, en su primer discurso como jefe de la oposición, que «la frontera occidental concedida provisionalmente a Polonia... y que abarca una cuarta parte del territorio agrícola de Alemania, no es un buen presagio para el futuro mapa de Europa», admitiendo a continuación que en este caso se había cometido un error del que el Gobierno polaco tenía buena parte de culpa, por ir mucho más allá de lo necesario y conveniente, y añadió: «Son pocas las virtudes que no posean los polacos y pocos los errores que no hayan cometido.»

El Ministro de Asuntos Exteriores, Bevin, comenzó sus manifestaciones en el debate de los Comunes el 20 de agosto de 1945 refiriéndose a la opinión de Churchill: «Uno de los mayores problemas en la actualidad es el polaco... y la cuestión del futuro real del territorio de Polonia ha de ser resuelto en la mesa de firmar la paz, y yo personalmente comparto la opinión de Churchill en el sentido de que los polacos van demasiado lejos hacia el Oeste.» También Eden habló del problema fronterizo repitiendo su punto de vista de que la Prusia oriental y la Alta Silesia debían pasar a Polonia, así como algunas partes de la Pomerania oriental. Pero añadió que «nunca estuvimos verdaderamente satisfechos de que la frontera polaca debiera llegar incluso hasta la línea del Oder». Y una advertencia más a los polacos de parte de Eden: «A nuestros amigos polacos quisiera decirles: puesto que ustedes cometieron la última vez el error de empeñarse en avanzar demasiado hacia el Este (referencia a los acontecimientos de finales de la primera guerra mundial), creo que ahora están cometiendo otro al empeñarse en avanzar demasiado hacia el Oeste.» En efecto, el problema es cada vez más polaco, por no cesar los polacos en sus sueños de una gran potencia al ejemplo de Rusia,

Alemania, Gran Bretaña o incluso los Estados Unidos. Es una tragedia más dentro de la desventurada historia de ese, en un principio, gran pueblo europeo. Al parecer, la Historia no enseña nada.

Resumiendo el problema polaco, los comunistas de Varsovia intentan justificar «su soberanía» sobre los territorios de la línea Oder y Neisse a través de los siguientes instrumentos:

1. La autoridad de las tres potencias estaba capacitada moral y jurídicamente para adjudicar dichos territorios a Polonia y que, en efecto, así lo hizo. No responde a la realidad.

2. Argumento histórico, consistente en la afirmación de que esos territorios eran antiguamente territorios polacos que les fueron usurpados con violencia. Originariamente, Pomerania y Silesia estaban habitadas por grupos eslavos y no polacos. La región prusiano-oriental basa su fundación en la Orden teutónica y sus habitantes formaban parte del grupo étnico báltico, no eslavo. Si los eslavos llegaron hasta el río Elba, fundando incluso la ciudad de Berlín, antes del siglo VI vivían ahí tribus germanas. Tampoco se basan en los hechos las reivindicaciones polacas desde el punto de vista Estado-territorio o del de la germanización, aunque en el fondo pueden encontrarse algunos argumentos posibles de probar. Sin embargo, asimilación de un grupo por otro es un problema completamente distinto y precisamente en el sector centroeuropeo es un fenómeno histórico.

3. *Fait accompli*. Este era el objetivo de la política soviética y polaca. No llegó a cumplirse—tampoco completarse—, ya que la discusión sobre esta cuestión prosigue. La mayoría absoluta de los Estados miembros de la comunidad internacional de naciones no reconoce la frontera Oder-Neisse.

4. Reivindicación de castigo, revancha y venganza por los actos cometidos por el nacionalsocialismo contra la Humanidad y contra Polonia. Según fuentes oficiales, fue una sugerencia de Stalin, a pesar de que en las grandes Conferencias de guerra esta cuestión no había sido tratada, ya que no se admitía, al menos oficialmente, la llamada culpabilidad colectiva del pueblo alemán, que se encuentra en franca oposición al Derecho internacional vigente. Incluso muchos internacionalistas polacos ponen en duda este argumento, que tiene su origen en objetivos puramente propagandísticos. Los responsables por

los crímenes nazis han sido ya castigados. Polonia, como tal, no tiene competencia ninguna para constituirse frente a Alemania en juez y en ejecutor de sus propios veredictos.

5. Restitución de los daños causados. Primero tendría que ser restablecido el *status* anterior, procediéndose a una indemnización por medio de ciertos servicios o en forma de pago en metálico. Aparte de ello, Polonia nunca poseía dichos territorios y, por consiguiente, es Alemania quien tiene el derecho de reivindicar su devolución. Finalmente, los daños inmateriales no pueden ser restituidos por medio de autoadjudicación de territorios del Estado cuyos funcionarios habían cometido tales actos.

6. Teoría de la compensación. No existe ninguna base jurídico-internacional según la cual un Estado pudiera apoderarse de territorios de otro Estado por haberse apoderado de una parte de los suyos un tercer Estado, que es en este caso la Unión Soviética. Partidario de la compensación era Stalin, pero también Churchill y Roosevelt. No obstante, se trataba de motivaciones políticas y no jurídicas. El Gobierno polaco en exilio (Londres) se opuso a la rectificación de su frontera oriental a favor de la U. R. S. S., hecho que en parte explica el fondo de la posterior teoría de la compensación, basada en «hechos consumados».

### 3. *Perspectivas de desarrollo de las relaciones germano-polacas.*

Desde hace dos años, el Gobierno de la República Federal viene llevando a cabo una política de apertura hacia los Estados del Este europeo como parte de la estrategia política de distensión en Europa de la Alianza Atlántica. Sería prematuro sacar conclusiones de este paso de Bonn, aunque sí se puede afirmar que coincide con la ofensiva del bloque soviético contra la Europa occidental en forma de salvaguardar la «seguridad europea», decretada en el último Congreso del P. C. U. S. Su fin consiste en mantener el *status quo* en el Viejo Continente y, por tanto, la división de Alemania y la intangibilidad de las fronteras resultado de la segunda guerra mundial. Simultáneamente la ofensiva del campo socialista cuenta con alguna posibilidad de avanzar hacia el Oeste en forma de participar activamente en los asuntos paneuropeos, intentando aislar a la República Federal respecto de sus aliados, abrir una

brecha en la Comunidad Económica Europea y alejar a los Estados Unidos del Continente. En resumen, la U. R. S. S. aspira a ser otra vez árbitro en Europa, ya que como tal es imprescindible su presencia debido al peligro que los militaristas y revanchistas germano-federales constituyen para la paz. Este es el argumento soviético y de sus aliados.

Hasta ahora, el campo soviético acusaba constantemente a la República Federal de ser el foco de la *tensión* internacional en Europa. Pues bien, la República Federal decidió satisfacer los deseos soviéticos poniendo en marcha activamente un nuevo curso político, el de *distensión*, precisamente hacia el Este europeo. La sorpresa es que éste ahora no la acepta. La mano de entendimiento tendida por Bonn es rechazada. Un hecho poco común en la historia de las relaciones internacionales, aún menos desde el punto de vista del momento en que los soviets insisten con inagotable paciencia en la necesidad de solucionar problemas internacionales a base de *negociaciones*.

#### *El punto de vista alemán.*

Dentro de este cuadro situacional hay que considerar el problema germano-polaco. El Canciller de la República Federal, Kurt-Georg Kiesinger, pronunció el 17 de junio de 1967 ante la Dieta Federal de Bonn, durante la solemne sesión conmemorativa del Día de la Unidad Alemana, un discurso en que precisa el actual curso político de su Gobierno hacia el Este europeo y frente a la reunificación del país, bajo el título de «La política de distensión, camino hacia la unidad». Sus puntos fundamentales son los siguientes:

a) Ninguna coacción, ni desde dentro ni desde fuera, puede resolver el problema alemán. En el mundo de hoy, en que cualquier punto del planeta está amenazado, la fuerza como la última razón política se convierte en un fenómeno inquietante. Por eso nuestra proposición de un intercambio de declaraciones de renuncia a la violencia tiene un valor de principio: incluye el problema alemán, pero no se limita a él.

b) Puesto que queremos la paz, también perseguimos la solución al problema alemán por medios pacíficos. El Este nos reprocha el que pretendemos «absorber» la otra parte de Alemania. Ni mucho menos. Los dueños del poder al otro lado exigen sin paliativos, como condición previa para una reunificación, que la República Federal adopte su orden político y social, sin tener en cuenta la voluntad de los alemanes federales. No queremos ejercer una

tutela sobre nuestros compatriotas de allá; tampoco intentamos nada que no esté de acuerdo con sus deseos y voluntad. Solamente, mientras ellos no puedan decidir libremente sobre lo que desean, hablamos en su nombre y no cesaremos de hacerlo.

c) Este es el núcleo de nuestra política de reunificación y ésta es también la causa de nuestras divergencias con los dirigentes de la otra parte de Alemania. No es una usurpación, sino nuestro deber de conciencia.

d) Siendo las posiciones políticas tan extremadamente contrapuestas, hay que preguntarse con toda sinceridad si tiene sentido alguno el esfuerzo de una solución pacífica y si no debiéramos, en vez de evocar esperanzas engañosas, esperar a que la Historia se haga cargo de un cambio positivo y limitarnos hasta aquel momento a conservar nuestra propia libertad y la negativa del mundo libre al reconocimiento del «segundo Estado alemán». Sería una política defensiva, pasiva, que conduciría cada vez más a una situación aún más angustiosa. Con ello no daríamos ni un solo paso adelante, sino que impediríamos conservar incluso lo que tenemos que conservar, porque el tiempo no trabaja en nuestro favor.

e) Esta es la razón de por qué el actual Gobierno se ha decidido a realizar una nueva política, más flexible respecto al Este. Se trata de una concepción política basada en la premisa de que Europa no puede renunciar a proyectar un orden de paz para el futuro que supere su división política y dentro del cual el problema alemán encuentre una solución justa. Eso no es utopía.

f) Puede que ese camino hacia un orden europeo en paz sea largo y penoso; es posible que ni siquiera alcancemos el objetivo perseguido, pero es el único camino, de momento al menos, que promete una probabilidad de éxito. No contaba con que nuestra política hacia el Este encuentre adeptos incondicionales. Pero lo que pasa es que los del otro bando creerán en nuestro fracaso y, como consecuencia, seguirán mostrándose inflexibles, calificando nuestra política como astuta maniobra ideada para quebrantar la solidaridad de los Estados del campo socialista, como un intento de aislar de la U. R. S. S. a sus aliados, así como al régimen de Ulbricht. Si en el Este creen que para robustecer la solidaridad amenazada basta con insistir en esa imagen tan absurdamente deformada de una Alemania (federal) revanchista, tenemos algo mejor que ofrecer: la prueba de un pueblo que lucha por la confianza y comprensión entre los pueblos de la Europa oriental y la posibilidad de colaborar con ellos.

g) La táctica de exigir como presupuesto para la colaboración o tan sólo para el diálogo la incondicional sumisión del adversario a su propio punto de vista hacer creer forzosamente que se lo aplica precisamente con el fin de cerrar el camino hacia el diálogo y la colaboración. Por el contrario, nosotros consideramos como indispensable el buscar campos que se puedan recorrer en común y abordar desde el principio los grandes problemas de discordia. Esta política, muy eficaz para la distensión, aportó ya sus frutos a través de los contactos con otros países.

h) Nos complace comprobar que también otros países han puesto sus servicios a la causa de la distensión entre Este y Oeste; sólo que la distensión no debe convertirse en una resignada aceptación ni mucho menos en una ratificación del *status quo*. Siempre que se presente una interpretación tergiversada como pacificación duradera en relación con una política del *status quo* sobre intereses vitales contrapuestos de los pueblos afectados, se crea un foco de infección que en cualquier momento puede transformarse en epidemia.

i) Por esta razón seguiremos adelante con nuestros esfuerzos para llegar a establecer relaciones más sanas con los países y pueblos del Este europeo. Porque nos encontramos ante el problema de establecer una paz duradera en Europa, tanto en el Este como en el Oeste, y entre los pueblos jóvenes.

j) Se trata de considerar el problema alemán con seriedad y honradez; por tanto, no podemos evitar la pregunta de cómo es posible compaginar nuestra política actual de distensión, como presupuesto para superar la división de nuestro pueblo, con nuestra alianza occidental y nuestros esfuerzos encaminados a crear la unión de Europa. ¿No excluye lo primero a lo segundo? Una Alemania reunificada es demasiado grande para no desempeñar un papel correspondiente en la balanza de fuerzas, pero demasiado pequeña para mantener en estado de equilibrio por sí sola las fuerzas que la rodean. Por ello, la integración de las partes separadas de Alemania sólo puede concebirse dentro del marco de un proceso de superación del conflicto Este-Oeste en Europa.

k) Sin embargo, la República Federal de Alemania, junto a sus aliados, no puede realizar una política de distensión a largo plazo sino sobre la base de su propia libertad y seguridad. Ahora como antes, los miembros de la Alianza Atlántica están en función recíproca de acción, pero hay que advertir que nuestra alianza con otros países no alberga fines agresivos (como pretenden probar nuestros adversarios). El desarrollo debería conducir hacia un

equilibrio de intereses entre las alianzas oriental y occidental, y luego a una colaboración indispensable, dado el peligro de una conflagración termonuclear.

l) La unión del pueblo alemán no puede lograrse a base de conversaciones bilaterales entre Bonn y Pankov, ya que ello supondría el reconocimiento del régimen comunista de la Alemania de Ulbricht. Hay que tener en cuenta la actual situación y política internacional, en la que va entretejido el problema alemán, lo cual hace necesario dialogar con la potencia que dirige y sostiene aquel régimen en el territorio germano.

m) Ahora bien, si son posibles conversaciones y acuerdos que tiendan a suavizar la precaria situación creada por la división impuesta y a mejorar las relaciones interalemanas en el terreno económico y cultural, con el fin de impedir que la población vaya perdiendo esperanzas. Esa distensión interna responde a nuestro plan de contribuir a la organización de un futuro orden de paz en Europa.

n) La declaración del Gobierno federal del 12 de abril de 1967 también responde a esa intención y que queda puesta de relieve, una vez más, en mi respuesta a la carta dirigida a mí poco después por el señor Stoph. Desgraciadamente, la carta del Berlín oriental vuelve a insistir en el reconocimiento de la división de nuestra patria y, en cambio, pasa por alto nuestra proposición de tratar sobre las cuestiones tratables.

o) Repito: no nos dejaremos arrastrar hacia negociaciones falaces que sólo servirían para que el régimen de Pankov pudiera considerarse como reconocido por la República Federal. El mundo libre no lo reconoce. No obstante, estamos dispuestos en cualquier momento a entablar negociaciones con probabilidad de éxito en cuanto a la normalización interna de Alemania. Nos encontramos ante una situación política sin precedentes.

\* \* \*

El presente documento es buena prueba del realismo político con que empieza a operar la política exterior germano-federal frente al mundo atemorizado del Este europeo. El establecimiento de relaciones diplomáticas con Bucarest, así como contactos directos con Budapest, Praga y otras capitales del campo soviético-socialista, es un hecho que responde a la lógica de la evolución intercomunista en Europa. La República Federal, en función de ser la segunda potencia económica mundial, representa para los pueblos del Este europeo, unos medios de desarrollo en los demás campos de la actividad

humana en relación con el progreso técnico y científico. Los rumanos eran los primeros en darse cuenta que el progreso viene del Occidente, y cuanto más cercano, mejor. A pesar de sus fabulosas riquezas, el país sigue siendo subdesarrollado. Situación parecida consta en Polonia; a pesar de ello, los contactos entre Bonn y Varsovia no han aportado frutos deseados debido al clima político.

Kiesinger expuso el programa de la política de distensión hacia el Este con claridad y precisión. No se refiere expresamente al problema de las fronteras con Polonia; tampoco respecto a otros países socialistas. Sin embargo, queda incluido implícitamente por la naturaleza de las cosas. Reconciliación, sí; pero sin renunciar a la libertad y a la justicia para con distintas partes de Alemania. A largo plazo también este problema tendrá que ser discutido con la Unión Soviética. Sorprende, por tanto, que los polacos oficiales no presenten iniciativas propias frente a Bonn, porque pueden encontrarse ante el dilema de si el camino de entendimiento germano-polaco más corto conduce desde Varsovia a Bonn o desde Bonn vía Moscú.

El nuevo curso político del Gobierno germano-federal hacia el Este europeo encontró en la opinión pública alemana un consentimiento de la mayoría de la población. Mientras tanto, es imposible hablar de una nueva política en el sentido estricto de la palabra, sino tan sólo de una nueva forma de la que perseguían los gabinetes anteriores—de Adenauer y Erhard—: localizar los medios de una justa solución al problema alemán en cuanto a la reunificación y la línea Oder-Neisse dentro de la paz y de la seguridad en Europa.

### *La postura polaca.*

A la entrada hay que decir que existen dos tendencias: la oficial-comunista y la popular-católica. Mientras que la primera se opone a la reconciliación con Alemania, la segunda, en cambio, la defiende.

Durante el Concilio Vaticano II, el alto clero polaco envía el 18 de noviembre de 1965, desde Roma, una carta a los prelados alemanes evocando el milenario de la cristianización de Polonia y proponiendo un diálogo entre los dos países, a pesar del «descrédito general de todo lo alemán» debido principalmente a los siguientes nombres: Alberto de Prusia, Federico el (llamado) Grande, Bismarck y, por último, Hitler, como punto final; más de

seis millones de súbditos polacos, la mayoría de ellos de origen judío, tuvieron que pagar con su vida este período de ocupación.

A continuación:

a) La rémora que soportan las relaciones mutuas es todavía grande, agravándose por el acuciante problema de nuestra vecindad: la frontera occidental polaca a lo largo de los ríos Oder y Neisse comprendemos que es para Alemania un fruto extremadamente amargo de la última guerra de aniquilación en masa, juntamente con los sufrimientos de millones de refugiados y expulsados alemanes (lo que ocurrió por orden aliada—¡Potsdam, 1945!—de las potencias vencedoras).

b) Para nuestra patria, que no salió de los asesinatos en masa como potencia vencedora, sino como país extremadamente debilitado, es una cuestión de vida o muerte (y no una cuestión de un «mayor espacio vital»), a no ser que se quiera encerrar a un pueblo de más de treinta millones de habitantes en el angosto corredor del «Gobierno general» de 1939-45, sin los territorios occidentales, pero también sin los orientales.

c) Esta enumeración de lo acaecido en la última fase de nuestro milenio, más que una acusación pretende ser una justificación. Sabemos perfectamente que grandes sectores de la población alemana tuvieron que sufrir durante años la inhumana presión que sobre su conciencia ejercían los nacionalsocialistas, no ignorando tampoco las terribles dificultades interiores con que tuvieron que luchar los obispos alemanes, que se distinguieron por su valor y por su sentido de responsabilidad.

d) Pese a todo, ¡intentemos olvidar! Dejémonos de polémicas y abandonemos la guerra fría para iniciar un diálogo del mismo estilo que propugnan hoy por doquier el Concilio y Su Santidad Pablo VI. Si existe auténtica buena voluntad por ambas partes—sobre lo que no cabe duda—, tiene que ser posible un diálogo serio que, después de algún tiempo, produzca sus frutos. Os invitamos cordialmente a que visitéis Polonia (con motivo del milenio polaco).

Firmaron este llamamiento el Primado de Polonia, el Cardenal Stefan Wyszyński, y treinta y cinco preladados polacos.

Los obispos alemanes acogen con emoción y alegría el mensaje de los preladados polacos y contestan el 5 de diciembre de 1965, también desde (y en) Roma. Figuran firmas de tres Cardenales (Josef Frings, Colonia; Julius Döpfner, Munich y Freising, y Lorenz Jaeger, Paderborn) y treinta y nueve preladados alemanes.

En relación con el problema de los territorios allende la línea Oder y Neisse, el Episcopado germano dice: «Millones de polacos se vieron obligados a trasladarse desde el Este a las regiones que les habían sido asignadas. No ignoramos, por tanto, lo que para la Polonia actual significan esos territorios. Pero también millones de alemanes fueron obligados a abandonar su tierra natal, en la que habían vivido sus padres y antepasados, que llegaron al país no como conquistadores, sino llamados por sus príncipes a lo largo de los siglos.»

Entre ambas partes de ese diálogo inoficial hay una base común, que es el cristianismo; por tanto, no hay problemas respecto a la reconciliación germano-polaca; las divergencias, sin embargo, son de orden político, y aunque los obispos polacos defiendan la postura oficial de sus gobernantes comunistas, éstos reaccionan violentamente contra la intromisión del clero en los asuntos que giran en torno a la línea Oder-Neisse. En cambio, los obispos alemanes defienden la postura de su Gobierno y pueblo, y las autoridades germanas y la opinión pública han reaccionado frente a esa «intromisión» por parte del alto clero correctamente.

#### *Reacción polaco-comunista.*

¿Qué clase de obispos católicos son esos a los que se ha dirigido el «Mensaje»? Son obispos alemanes que, de acuerdo con el Gobierno de Bonn, basan su actitud en una política antipolaca de revisionismo y que no aceptan nuevas fronteras a lo largo de los ríos Oder-Neisse y del Báltico.

¿Quién ha autorizado en Polonia a los obispos que se han trasladado al Vaticano a hacer penitencia, a pedir perdón y a llevar a cabo una «autocrítica nacional» frente a la República Federal de Alemania? ¿En nombre de quién han hecho tales cosas?

En el «Mensaje» episcopal se habla de los territorios polacos del Oeste, así como también de la frontera polaca a lo largo de los ríos Oder y Neisse. La denominación correcta—«frontera occidental polaca...»—no ha sido utilizada más que una sola vez, en un párrafo secundario, en el que se afirma «que es para Alemania un fruto extremadamente amargo de la última guerra».

(*Zycie Warszawy*, Varsovia, 10-XII-1965.)

El Gobierno de la República Popular de Polonia es el que está llamado a formular declaraciones de principio en relación con la política exterior polaca y a intervenir con autoridad frente al exterior en lo que atañe a estas cuestiones.

En Europa, la República Federal de Alemania actúa decididamente como principal aliado del imperialismo americano...; se confirma una vez más la tesis de la «vigencia de las fronteras de 1937», lo cual equivale a una aceptación manifiesta de la consigna de revisión de las fronteras a lo largo de los ríos Oder y Neisse por parte del Gobierno de Bonn.

¿De qué pluma procede la aceptación de la afirmación difamatoria de los «sufrimientos de millones de refugiados y expulsados alemanes»?

La Conferencia de Potsdam tuvo en cuenta las exigencias justas del pueblo y del Gobierno popular polacos al reconocer el derecho de Polonia a sus fronteras históricas a lo largo de los ríos Oder-Neisse y del mar Báltico.

La nación y el pueblo polacos tienen que ser informados sobre lo que han adoptado esos obispos polacos que han calificado de positiva la respuesta de los preladados alemanes.

(*Trybuna Ludu*, Varsovia, 12-XII-1965.)

Tenemos que decir con claridad: la opinión pública polaca eleva su protesta contra las sugerencias políticas del mensaje, porque tiende a una modificación de la posición elegida por Polonia en el mundo de hoy.

Esta posición viene determinada por la importancia y significación del Estado popular polaco en el seno de la comunidad ideológica y política de los países socialistas, una comunidad delimitada por nuestra alianza con la Unión Soviética y con nuestros vecinos: la República Democrática Alemana y la República Socialista Checoslovaca.

(*Slowo Powszechne*, Varsovia, 29-XII-1965. Declaración de la presidencia de la Asociación PAX, del 28-XII-1965, «católica».)

El Episcopado polaco se ha decidido a llegar a un compromiso y a hacer concesiones a los revanchistas de Alemania occidental y a esos elementos del Vaticano que ponen en práctica una política anticomunista y antipolaca. Uno de los síntomas de esa política queda constituido por la tenaz actitud de no reconocimiento de la frontera Oder-Neisse y la persistente omisión de una

reglamentación de la administración eclesiástica de nuestros territorios occidentales y septentrionales.

(*Glos Pracy*, Varsovia, 31-XII-1965, 1 y 2-I-1966.)

Radio Varsovia, por su parte, resume el 25 de enero de 1966 la reacción de la Prensa polaco-comunista en su emisión para los polacos en el extranjero con el título de «Polonia no se convertirá en bastión del cristianismo». Finalmente, el propio Gobierno comunista polaco envía, el 5 de marzo de 1966 (¡cuatro meses después!), una carta en nombre del Presidente del Consejo de Ministros a los obispos de la Iglesia católica atacando amplia y duramente la actitud del alto clero en la cuestión de la reconciliación y del diálogo con los alemanes. Lleva la firma del Presidente del Consejo de Ministros, Jozef Cyrankiewicz, y está dirigida al secretario del Episcopado, obispo Zygmunt Choromanski.

\* \* \*

La Prensa polaca en el Extranjero (de los emigrados), sobre todo en los Estados Unidos y Gran Bretaña, reacciona a favor de los obispos católicos en su patria y en contra del Gobierno comunista de Varsovia, pero defiende en un principio la línea Oder y Neisse como la frontera occidental de Polonia. Sin embargo, se cree que la reacción polaco-comunista se debía a las instrucciones del Kremlin.

En realidad, no se trata de un diálogo germano-polaco, sino más bien del intento de un diálogo polaco-alemán, puesto que es una autoridad muy importante quien lo inició, debido a las condiciones confesionales del pueblo de Polonia: los dignatarios de la Iglesia católica.

Este hecho, sin embargo, prueba que el conjunto de la población del país vive la constante inquietud respecto a si es o no justa la «frontera» Oder y Neisse, a pesar de las «pruebas» de hombres de ciencia del régimen en tal sentido y de la propaganda oficial, que en general sobrepasa los límites de lo normalmente nacionalista, aunque en virtud del «internacionalismo proletario» impuesto por los soviets *no debería* darse ese caso.

Otro hecho de supernacionalismo consiste en una argumentación aparentemente insignificante: que los treinta millones de habitantes pudieran ser encerrados dentro del marco territorial del «General Government» de 1939

a 1945. No hay pruebas de que algún estadista alemán o extranjero hubiera manifestado esta idea. La Polonia de 1967 tiene una superficie de 311.000 kilómetros cuadrados y treinta y dos millones de habitantes. En cambio, la República Federal de Alemania tiene una superficie de—tan sólo—248.000 kilómetros cuadrados, incluyendo al Berlín occidental, pero el número de habitantes es de sesenta millones (!). ¿Por qué ese miedo de perder el espacio vital, cuando sobraría incluso en caso de «perder» los territorios orientales alemanes? Es una cuestión puramente técnica que bien podía haber sido omitida, ya que Polonia, con o sin los territorios del Oder-Neisse y Prusia oriental, dispone de unas fabulosas riquezas naturales. El argumento puramente político prescindió de lo ético.

A pesar de ese nacionalismo del clero polaco, los gobernantes comunistas desaprueban su actitud no como polacos, sino como comunistas que dependen única y exclusivamente del Kremlin. Dicho con otras palabras: el clero polaco tiene la obligación de ser polaco-nacionalista, pero en cuanto a cuestiones ideológicas (el cristianismo es considerado por el comunismo tan sólo como un fenómeno sociológico que aparece y desaparece según las condiciones históricas de desarrollo de una sociedad), la última palabra corresponde al Comité Central del Partido.

Esta es la parte más vulnerable de la política exterior de la Varsovia comunista. Tarde o temprano, el intercambio de cartas entre el clero polaco y alemán pasará a la historia de las relaciones internacionales como un ejemplo de buena voluntad con base en el *cristianismo*. Así es posible decir que no todo son errores en la historia del pueblo polaco y de Polonia. Porque el alto clero polaco intentó con su iniciativa al menos superar el exagerado nacionalismo que desde hace tiempo caracteriza a ese país, llámese grandeza territorial, nacional, mesianismo o hasta utopía.

Concluyendo: el gesto señalado puede, en efecto, significar el comienzo de un diálogo a largo plazo entre ambos países, con muchas probabilidades de resultar ser beneficioso no solamente para las partes actualmente en litigio, sino también para la paz y el nuevo orden social y político en Europa. Esta premisa ha de ser desconcertante para el imperio ruso-soviético.

Stefan GLEJDURA.